

SOLEDAD Y GLORIA DE MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

por ESTHER DE CACERES

Ya el otoño ha posado muchas veces su mano suave y triste sobre los árboles, sobre los cielos y sobre el mar, desde aquel día de mayo de 1924 en que dejamos a María Eugenia Vaz Ferreira sola entre cipreses, para siempre sola, vuelta a la tierra “gloriosamente” como lo había dicho en su gran poema “El regreso”.

triste de orgullos arduos e infecundos.
con la ofrenda vital inmaculada

.....

con su sacro dolor de carne viva
y la pasividad de las estatuas

Pero a través del tiempo el ser de María Eugenia está cada vez más con nosotros; y en nuestras soledades, en nuestras agonías, en nuestra oración, su recuerdo canta prodigiosamente como cuando ella era una criatura viva y esplendorosa, como cuando decía con secreta y pausada voz, sus inmortales versos.

Siempre atraviesa así María Eugenia Vaz Ferreira por mi alma: en noche, en desierto y sacro silencio, en aire tocado por esa palma misteriosa, desplegada, en un profundo aire de sueño; en noche cantada, que sólo transita aquel paso suyo de terciopelo, como el mismo corazón de la noche.

Y esta imagen vence a muchas otras, también vivas en el recuerdo: luminosas y activas, cruzadas con los seres y las cosas, y con el pulso acompasado y permanente del Tiempo. Sobre todas estas imágenes, que constituyen la historia de María Eugenia, está la imagen sola, silenciosa, nocturna, de aquel ser único en quien aprendimos Poesía verdadera, nobleza, gracia y trascendencia singulares.

Creo que todo el ser esencial de María Eugenia está dicho en su poesía. Ese es su testimonio, su espejo fiel: en vano buscaremos en la anécdota, por más rica y expresiva que ella sea, por más fiel que ella sea, una imagen más entera que la que se da —como en el misterioso dibujo de una Verónica increíble— en la poesía ontológica de la gran artista.

Por otra parte, necesario es que se contenga y se supere el interés por la anécdota, ya que esta ha invadido la zona de la Crítica, desenfocándola, con grave desmedro de la perfección artística y del respeto que corresponde a las categorías del ser.

Los acentos de la poesía de María Eugenia condicen con la lección que ella no dio mientras vivía: fue una afirmación de Cultura viva; enseñó la diferencia que existe entre vida intelectual y vida espiritual; marcó la exigencia de una primicia de lo espiritual para la fundación de la Cultura y del Arte. Pasando con gracia sobre la información árida, sobre los esquemas de la crítica académica, dio, en su cátedra, las claves esenciales de la experiencia poética, sobre todo la afirmación de que la poesía es la más alta expresión del ser. No dijo, pues, la anécdota fácil, ni la circunstancia doméstica, ni la pequeña trabazón de los días.

Aquel paso suave, aquella majestad, aquella mirada ardiente, vivían tendidas a otro destino que el de las pequeñas limitaciones con que el mundo hiere, como enemigo del alma, a la verdadera poesía. Ella significó, también, frente a la aparición de un movimiento feminista heroico y generoso, pero desgraciadamente turbado por errores fundamentales que aún padecemos, la grandeza de una presencia femenina, fiel a su ser. Y tanto como se libró de los errores dolorosos del movimiento feminista de su época, pudo mantenerse distante de la llamada "poesía femenina" que abrumó a América en este siglo. Y esto ocurrió porque en María Eugenia se daba el resplandor de una mujer que no traicionó nunca su trascendencia simbólica como tal sino que fue fiel a lo que Gertrude Von Le Fort invoca como rasgos invariables de la imagen femenina empírica, o sea rasgos eternos en el sentido limitado terrenal, cuando se refiere al "aspecto cósmico metafísico de la mujer, de lo femenino como misterio, de su categoría religiosa, de su imagen ideal y final en Dios". Y así como muchas veces hemos pensado que la Poesía sobrepasa a las denominaciones tales como "poesía femenina" —que implican limitación y desprestigiados acentos— volvemos hoy a relacionar este rechazo con la interpretación de la profunda autora alemana.

La relación íntima entre el ser y la obra de María Eugenia es una de las lecciones más fecundas que hemos podido contemplar. A sus versos llega, como intensa sangre, el estilo de su alma y de su vivir. Sabemos que esta relación entre la poesía y el ser es siempre la clave para saber autenticidad y grandeza de una obra. La poesía es un testimonio. Y el alma despierta sabe de veras cuándo la poesía es grande, cuándo es tal testimonio, o cuándo es sólo literatura, máscara frívola, imitación más o menos ingeniosa.

La poesía de María Eugenia es reveladora de su ser; siempre reveladora de la experiencia viva de quien la creó. Todo aquello a que se refiere María Eugenia en sus versos; todo aquello que constituye la sustancia de sus símbolos ha sido profundamente vivido, conocido por ella: así la noche, los surtidores, las flores, las estrellas; una magnolia, una cara; la aurora y el crepúsculo; el viento suave que cruza

... "sin decir nada
el transitorio paréntesis
suspense en la sombra vaga
cuando enmudecen las cosas
o todavía no cantan"

Por esto cada palabra, cada imagen tienen su peso, su exacta forma, su representación fiel; su trascendencia en fin, puesto que hay una abstracción constante en esta poesía tan viva. Y esta abstracción cuya búsqueda llega a decirse en aquella Oda a la Belleza en la que María Eugenia expresa, salvando todos los riesgos de la poesía filosófica, su doctrina artística, rige el estilo de su vida y de su obra.

Lo cual no significa que su vida y su poesía estén alejadas de la vida misma. Aquí, como en los casos más eminentes, la abstracción significa selectividad, jerarquización, purificación en crisoles prodigiosos del Espíritu y del oficio. En el arte de María Eugenia todos los fuegos de la tierra, las flores temblorosas, el aire de los jardines, la sangre violenta o apacible, la pena de los adioses, son materia redimida para la Poesía eterna, llevada a un orden, a un tiempo, a una imagen extática que no morirán y que han de quedar para siempre en el aire del mundo, cuando pena, sangre y huesos de la criatura armoniosa no están más sobre la tierra, cuando aquel paso de seda y alma que la hacía tan suavemente entrañable, sólo se apoya sobre nuestro sueño, sobre nuestro recuerdo, sobre nuestra esperanza.

Dice Maritain: "Para que crezca sin cesar, de acuerdo a su ley, la vida del espíritu creador, es necesario que se acerque sin cesar al centro de subjetividad, en donde sufriendo las cosas del mundo y del alma, se despierta a si mismo. Todo el problema para el poeta es tener además del gran arte (lo que puede aprenderse) un alma profunda (lo que no se aprende). El dolor mismo no alcanza para darla..."

Esta alma profunda tenía María Eugenia. En esta alma, de la que oración y sacramentos eran vida nutricia, corría la fuente secreta con la que se relacionan los caracteres de su poesía y de su vida; y una moral de artista ejemplar, cuyos rasgos pueden ser contemplados a la luz de las virtudes fundamentales por las que los antiguos podían definir a la obra de arte como "el esplendor de lo verdadero".

La poesía de María Eugenia tiene así la huella de aquel don de renunciamiento —tan relacionado con su expresión— incidió sobre la elección de sus temas y sobre sus rasgos estilísticos. Carlos Vaz Ferreira, en aquel texto breve con que —según discreción y sobriedad ejemplares— acompañó en ligera página suelta la edición de "La isla de los cánticos", se refirió allí a algo de esto: y es cuando dice que él ha respetado las modificaciones que María Eugenia introdujo aún en las composiciones ya publicadas; "hasta las que me consta hizo por escrúpulos de otro orden que el artístico".

Yo pienso algo más. Aquel pudor esencial de María Eugenia, que era uno de los factores de su fuerza y de su encanto, llegó quizás a detener su verso en el umbral secreto de su vida y de oración. El tema religioso no aparece en su poesía; y esto que puede sorprender a algunos lectores y llevar a desdichado error a los críticos, tiene para mí significación poderosa en cuanto a la moral de la expresión de María Eugenia Vaz Ferreira. No sólo tuvo, probablemente, las trabas que para decir el tema subido de oración y contemplación se levantaron en su alma, profundamente religiosa y fiel a Cristo; quizá supo que sus medios no se adecuaban a decir ese tema, y que su vocación poética no estaba dirigida a la poesía específicamente religiosa o a la poesía mística. Resistió, pues, a la tentación que seguramente se le presentara; y no cayó en ese riesgo en el que tantos caen porque no miden la trascendencia de esos temas, ni se plantean el problema

de la adecuación de sus medios estilísticos, ni piensan en el sabio consejo que se evoca siempre ante los múltiples casos de pseudo arte religioso, de poesía devota o de sacrilega decoración de templos: "Cuando no hay que decir lo mejor es el silencio".

Los temas dramáticos, vinculados con la angustia metafísica, son fundamentales en "La isla de los cánticos"; y están hechos allí con austeridad, libertad, y gran tensión de todo el ser.

A veces junto a esos temas atraviesa un aire de jardín, de olvido, de esperanza dichosa y estremecida. Cuando vemos estos dulces poemas junto a los otros —a los dramáticos, a los fuertes, a los de línea heroica y severos metales— sentimos una emoción como la que nos embarga al descubrir en la obra de Durero, entre las aguafuertes en que la forma dice tema de guerra o tema de postrimerías, aquellas violetas tiernas, sólo apoyadas en sí mismas, que sueñan la pausa de su amor, la contemplación tranquila, el gozoso deleite del creador de "La Melancolía".

También en algunos cantos el secreto triste, el peso de la angustia, el dramático destino están compensados por las imágenes visuales y la línea melódica.

La imagen de la noche domina en los acentos de la voz grave y cadenciosa, con heroica insistencia y redobles sombríos, hasta que María Eugenia llega a invocar a la Noche, con denominación tal como la que inventara el gran poeta de la Edad Media para todas las criaturas: ¡llama a la Noche, hermana! Y esta expresión ya acompaña para siempre a María Eugenia en nuestro espíritu: como hermana de la Noche, verdadero ser de la Noche, y como la Noche, inolvidable y profundísima.

Ella descansa entre graves cipreses, cerca del mar. Espera entre graves cipreses, cerca del mar.

Pero su voz puede cantar en nuestro recuerdo; y su alma poderosa, angustiada y enriquecida por la Fe, dice otra vez para nosotros los acentos profundos de su destino. Porque la encontramos siempre, tal como fue, llena de majestad, de gracia y de música, en aquel hablar de la Noche y a la Noche; en aquel amor cantado, en aquella súplica ardiente con la que todavía sigue diciendo, sobre el mundo, su destino de soledad y de gloria.

Montevideo, mayo de 1954.

(En: El País, 20 de mayo de 1954).